

# Y el paisaje como ficción: el Mar chapálico

Julián Arquero

*Ese mapa, en tal caso, debe contener un mapa del mapa,  
que debe contener un mapa del mapa del mapa  
y así hasta lo infinito...*

Josiah Royce [según Borges].

¿Cuál es el paisaje mexicano? Brehme apostó por la lejanía de volcanes nevados. Y antes que él, las palmeras veracruzanas de Sumner Matteson. Salas Portugal creyó que andaba por los pedregales y cañadas. Javier Hinojosa lo buscó en el *Zen* de Cuatro Ciénegas. Para Alejandro Cartagena el gran paisaje son los suburbios devorando al Cerro de la Silla. No me extrañan los empolvados cactus, secos, como en Rulfo. Desolados. Lola Álvarez Bravo llegó a Acapulco para hacer un libro donde le agradecía al presidente Alemán, “fundador de esta nueva ciudad”. Nacho Guevara se perdió en la selva. Michael Calderwood usa una pentax, algo de película de grano fino y una avioneta para lograr vistas que son texturas abstractas, aéreas. Incansable, Rafael García *Reflex* exploró fotográficamente miles de sitios, algunos bajo tierra. Subterráneos. Mientras que Alfredo De Stéfano gusta de prenderle fuego al desierto. Y me apresuro antes que salga el merolico a repetirnos aquello del *mosaico...* Todos aciertan y todos se equivocan.

Los ríos han sido vencidos. Elijo al paisaje ribereño como mi versión del género, fundamentalmente por idílico. La vida lacustre en un país

donde lo que sobra es tierra y lo que falta es agua. Ya el abultado recuento de Eric Van Young al que llamó *Writing Mexican History* (Stanford University Press, 2012) dio cuenta del desinterés académico por presas, manglares, humedales, cascadas, pantanos, ríos o manantiales como sujetos historiográficos. El escenario, entonces, esa brecha alrededor del imperio del agua.

Quien describió al enorme lago como *Mare Chapalicum* fue fray Antonio Tello en su *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco* (1653) alabando su agua, “dulce y sabrosa y tan limpia”. Pero el primero en profetizar el “próspero porvenir” fue el ilustre sabio don Mariano de la Bárcena y Ramos, quien predijo que se levantarían casonas en su borde “como en Suiza”. Y no es que el naturalista fuera vidente. Como diputado y luego gobernador, Bárcena sabía lo que se cocinaba en las hornillas del Castillo de Chapultepec. Sitio de veraneo de Porfirio Díaz desde 1904, Chapala resultó de los primeros destinos abiertos al goce del turista, esa nueva presencia, *fin de siècle*, empujado por distintas modernidades. Lugar privilegiado, el apacible poblado de pescadores vio edificar las suntuosas villas Montecarlo, Bell, Elena, Niza, Adriana, Tlalocan, Josefina y la Ferrara (de la que decían era “fea y rara”). Auténticos cotos privados como El Manglar, donde vacacionaba el eterno Presidente. Faltaban alojamientos para el séquito de científicos, aduladores, empleados, amigos, cortesanos y socios. Los Braniff compraron la casona germana alzada por Pérez Verdía en terrenos de la parroquia. Y pronto hubo casino, plaza de toros, hoteles y *yacht club*. Luces, bailes y risas.

Un lago a medida de las descripciones en la *Terry's Mexico* (nuevas guías para nuevos forasteros) del periodista gringo y *fellow* de la Royal Geographical Society Thomas Philip Terry, quien despachaba en la Sonora News. Falta rascarle al inventario de esta potente fábrica de mexicanidades: *Opals, Mexican Curios* y *Genuine Antiques*. Postales de Cox y Scott, finísimas impresiones coloreadas en goma al dicromato del fotógrafo norteamericano Henry Ravell —pionero de la imagen mexicanista—, mapas, retratos de celebridades y estereoscopías. En el mostrador la Terry, con sus 595 páginas, que se vendía en 2.50 dólares o 5 pesos.

No le faltaban letras a Terry para describir peones de calzón blanco usando rústicos arados de madera entre árboles de mezquite, de cuyos brazos colgaban los sarapes rojos. O los campos de caña, “de un verde más claro que las cosechas de alfalfa, maíz, trigo y cebada”. Una estampa textual a modo, entre lo bucólico y lo cromático. Por interiores, un mapa (también a colores) del Mar chapálico, “cortésmente proporcionado por el gobierno”, lo cual ha levantado suspicacias sobre su patrocinio. Lo cierto es que Díaz escribió al autor felicitándolo por “la

exactitud de sus datos y su perspicacia”, considerando a la guía “de genuina utilidad pública”. Mientras que el ministro Limantour alabó “la paciente investigación, el buen juicio y su sentido práctico”. Vaya usted a saber de lo que hablaban.

Los veleros se detenían un momento frente a Catedral para rogar por buena pesca. Sobre una de esas bamboleantes embarcaciones José María Lupercio fotografió casonas, declarando arcaico al paisaje natural. Dando fe que esos palacetes eran los nuevos motivos paisajísticos. Nutridos intereses convirtieron al paisaje fotográfico en artefacto de cambio social y económico, testimoniando los paraísos disponibles. Educando otra cartografía, la “lectura del paisaje cultural”, en los términos de Brigitte Boehm. Estampas visuales alineadas con los grandes escaparates gráficos del régimen como el *Álbum de Damas* (1907-1908), *Arte y Letras* (1906-1914) —ambas dirigidas por Ernesto Chavero, eficaz propagandista del porfirismo y artífice de muchas revistas de entonces—, *El Mundo Ilustrado* (1891-1914), *Savia Moderna* (1906), *El Tiempo Ilustrado* (1891-1914) o la *Revista Moderna de México* (1903-1911).

No asombra que esta foto-paraíso de Lupercio fuera reconvertida, a partir de 1906, en tarjetas postales por los hermanos Kaiser, habilidosos editores. Cientos y miles de fotos baratas. Estampa masificada. Sospecho que la convergencia de la imagen paratexto y del texto metaimagen bien podría expresar el “estado del mercado de las imágenes para trascender la idea del artista inspirado y su preocupación estética”, reclamado por Fernando Aguayo. Y sin embargo, habría que advertir la comodidad con que las fotos de Lupercio se movían entre el gabinete, la postal, el semanario ilustrado y la guía de viajeros. Describiendo al moderno fotógrafo-artista como autor entre medios. Uno de esos magazines, ávidos por la apariencia fotográfica, comentó esa capacidad suya para dar visualidad:

Lo mismo se encuentran en muestrarios cuadros de costumbres nacionales que vistas que reproducen los más encantadores paisajes; lo mismo el retrato del personaje o la dama de polendas, que el del granuja o el de la pordiosera; lo mismo, en fin, la escena que se desarrolla a los márgenes del río que la que se desenvuelve en el oscuro cuchitril del proletario. Todos los asuntos pasan por su cámara (*El Mundo Ilustrado*, 15 noviembre 1903).



© 31999, Estación de ferrocarriles de Chapala, Jalisco, Fondo Archivo Casasola, Chapala, Jalisco, ca. 1920.  
Transparencia gelatina sobre película de nitrocelulosa. CONACULTA-INAH-SINAFO-FN

The Indian fishermen always stop at the twin-steeped church in the village of Chapala and pray to Saint Peter for a heavy catch and a safe return home.

Frank G. Carpenter, *Mexico Carpenter's World Travels* (1926).



Chapala son tus canoas/  
como un cortejo de fantasía/  
cargadas de mangos verdes/  
y de melones y de sandías.

Pepe Guízar, *Chapala* (1943).





© 455275, *Vista a la orilla del Lago de Chapala*, **José María Lupercio**, Fondo Felipe Teixidor, Chapala, Jalisco, México, ca. 1920. Impresión plata sobre gelatina. CONACULTA-INAH-SINAFO-FN

They started before  
sunrise, when the  
lake was bathed in  
motion-less light.

D.H. Lawrence, *The Plumed Serpent* (1926).



© 121780, Poblado de Ajijic a la orilla del lago de Chapala, Winfield Scott, Fondo C.B. Waite / W. Scott, Chapala, Jalisco, ca. 1908. Placa seca de gelatina. CONACULTA-INAH-SINAFO-FN

Creen los habitantes que una ciudad antigua quedó sepultada en una inundación repentina, y todavía se encuentran a cierta distancia de Chapala varios troncos de sabinos (*Taxodium distichum* de Richard) cubiertos en parte por las aguas.

Henri Guillaume Galeotti,  
*El Mosaico Mexicano o Colección de Amenidades Curiosas e Instructivas* (1841).



© 120668, *Embarcación en el lago de Chapala*, **Winfield Scott**, Fondo C.B. Waite / W. Scott, Chapala, Jalisco, ca. 1908. Placa seca de gelatina. CONACULTA-INAH-SINAFI-FN

Lake Chapala is a summer resort of the highest grade, and is frequented by the most prominent residents of Guadalajara and other large towns. There has recently been discovered a large deposit of petroleum discharging from the bottom of the lake.

Marie Robinson Wright, *Picturesque Mexico* (1897).



© 35011, José Ives Limantour y funcionarios observan plano de las obras en Chapala, Fondo Archivo Casasola, Chapala, Jalisco, ca. 1910. Negativo de película de nitrocelulosa. CONACULTA-INAH-SINAFO-FN

PÁGINAS SIGUIENTES **José María, Lupercio**. Chapala, 1905. Col. Helado Negro..

De 1920 a 1935 navegó por las aguas de Chapala un barco a vapor llamado el Viking, de dos pisos y con capacidad para 200 pasajeros. Tal vez porque consumía demasiado combustible, o porque pronto pasó de moda, acabó sus días como chatarra varado frente a la estación. Antes, en 1868, inició sus recorridos entre Chapala y La Barca el vapor Libertad, pero tuvo un desenlace trágico, naufragando frente a Ocotlán en 1889, con la pérdida de decenas de vidas.

Arabella González, *Ruta de la Ribera de Chapala* (2006).

Este hotel, montado enteramente al estilo moderno, y situado a la orilla del pintoresco lago de Chapala, donde se disfruta de un hermoso clima durante todas las estaciones del año, está destinado a satisfacer el gusto de las familias y personas que deseen pasar amenas temporadas de recreo, así como para aquellas que por sus enfermedades necesiten el uso de las aguas medicinales que el mismo establecimiento posee y cuyo análisis, practicado por el honorable químico D. Lázaro Pérez, damos a continuación.

J. Figueroa Domenech, *Guía general descriptiva de la República Mexicana* (1899).





L'perció.





© 12004. *Con tules al hombro*. **Winfield Scott**, Fondo C. B. Waite/W Scott, Chapala, Jalisco, ca. 1909. Plata seca de gelatina. CONACULTA-INAH-SINAFO-FN

The town of Chapala, on the north shore, is picturesquely located under the towering cliffs of the mountain, and has long been a health resort of the natives.

Reau Campbell, *Campbell's New Revised Complete Guide and Descriptive Book of Mexico* (1904).



José María Lupercio. *El Manglar, Chapala*, 1905. Col. Helado Negro.

Llámase esta laguna por acá la de Chapala, que es nombre de un pueblo marítimo que tiene en su ribera; navéganla los Indios con canoas y chalupillas pequeñas, ahóganse muchos en las tempestades que sobrevienen tempestivamente; sus costas son calientes y anssi se dan en ellas mucha cantidad de naranjas.

Don Francisco Alonso de la Mota y Escobar,  
*Descripción geográfica de los Reinos de Galicia, Vizcaia y Leon.*

Le lirio est une scille, ou jacinthe d'eau,  
dont les grosses touffes flottantes, aux fleurs liles,  
bordent le rive sur une largeur  
de 20 o 30 mètres. Parfois le vent les pousse au  
large et les disperse. Il y aux six ans,  
le lirio était inconnu à Chapala.

Louis Lejeune, *Sierres Mexicaines: Mines et Mineurs* (1908).

© 455276, *Embarcación en Chapala*, José María Lupercio,  
Fondo Felipe Teixidor, México, ca. 1920. Impresión plata sobre gelatina. CONACULTA-INAH-SINAFO-FN

PÁGINAS SIGUIENTES © 457455, *Catedral junto al lago de Chapala*, "Cathedral. Chapala. Lake, Chapala Mex.", Fondo C.B. Waite / W. Scott,  
Chapala, Jalisco, ca. 1905. Gelatina de autoimpresión. CONACULTA-INAH-SINAFO-FN





773. Cathedral. Chapala. Lake Chapala. Méx.

The red blankets (usually tucked in the branches of the Mesquite trees) of the workers form strong color notes in a landscape where the herbage is nearly always a vivid green. The land is dotted with



*Waite Photo.*

cane-fields which usually show a lighter green a mere lightening of shade— against the deeper hues of alfalfa, corn, wheat and barley. Thomas P. Terry, *Terry's Mexico, Handbook for Travelers* (1909).



Llenándose de casas de campo, parques y jardines a semejanza de algunas de las poblaciones que en Suiza, en Estados Unidos y otras naciones yacen en las márgenes de los lagos, ofreciendo todas las bellezas



Guillermo de Alba. *Chapala*, 1922. Col. Helado Negro.

y atractivos que solamente en tales situaciones pueden asociarse. Chapala será, sin duda, la estación veraniega de Guadalajara y tal vez de todo el interior del país.

Mariano Bárcena, *Ensayo estadístico del estado de Jalisco*, 1888.

El paisaje parece escena encantadora, tal que convendría explorar los matices de ese encuentro. La escenificación del polo turístico porfiriano ocupó a otros fotógrafos de primera línea quienes arribaron con su artillería de brillantes lentes de latón, como Charles B. Waite (quien publicaba su camarota y su archivo) o Winfield Scott, avecinado en Ocotlán, cuyos anuncios ofrecían *true portraits of the life and the landscape of this country of unparalleled picturesqueness*.

Bien distantes parecieron los 40 kilómetros que separan a Guadalajara de Chapala. Y es que sólo en México los ferrocarriles llegan tarde ¡por años! El primer vagón llegó en abril de 1920. Eso sí, con la ceremoniosidad acostumbrada por los modernizadores. Cohetones, saraos, kermés, oratorias diversas y, por supuesto, la cámara fotográfica. Una botella de champán estrellada al costado de la locomotora. Inaugurando un amplio edificio, y sobre el cual una terraza permitía observar el movimiento del convoy tomando el té. En la cola de los lugares comunes exigibles, las vendedoras de naranjas, quesotes de Cotija. Tejuino. La necesidad de sarapes, sombreros y jarritos de Tlaquepaque con la divisa “Jalisco nunca pierde”.

En 1919 José G. Zuno calificó a los “paisajes nacionales” de Lup[ercio] como “revolucionarios”, buscando rehabilitar a un artista del antiguo régimen, a quien la severa crisis tapatúa obligó a migrar a Ciudad de México con apenas una chamba en el decadente Museo Nacional. Cuando escampó el chubasco regresó a reponer el elegante estudio fotográfico, para terminar de darse cuenta que la buena sociedad de La Perla se extinguía (*Jueves de Excelsior*, 15 febrero 1923). Y que al paseo Porfirio Díaz, inaugurado en su honor, algún oscuro burócrata revolucionario le había cambiado el nombre para llamarla calzada Independencia.

Años después lo sacó del silencio el inolvidable Leopoldo Orendáin en las “Cosas de viejos papeles” (su columna del diario *El Informador*), quien puso el acento “en sus esmeradas nubes cuajando en lejanías”. Un reciente ensayo sobre pictorialistas añade que el “colorido artista” era pintor, corredor de autos, escenógrafo, editor y, además, torero de reses bravas ¿No cantaba María Conesa “Lupercio... Lupercio... toma una foto al magnesio...”, en tonadilla de pasodoble?

La metáfora del fotógrafo vestido de luces nos advierte del riesgo de las simplificaciones y de las significaciones estancadas. Tengo la impresión que no sabemos más del jalisco que cuando Teixidor coleccionaba sus paisajes. Como tampoco sabemos gran cosa de la fotografía *amateur* animada por el suceso turístico. Guillermo de Alba construyó muchas de las villas y hoteles mirando al lago, e incluso la estación del



# Photo Views.

Rubber, Coffee, Mountain Types,  
Ruins of Mitla, Palenque,  
Aztec and Toltec.

## Wholesale and Retail.

I HAVE THE LARGEST CAMERA  
IN MEXICO.

Specialties: { Railroad Advertising and  
Collections for Museums.

### C. B. WAITE,

1<sup>o</sup> San Cosme 8½, MEXICO CITY.

(SEND FOR CATALOGUE.)

tren. Fue, además, un curioso fotógrafo, quien registró la vida social de los recién llegados. Trajes de baño, sombrillas, raquetas de tenis, sodas. Encantadoras sirenas del mundo feliz. En su *Arquitecto Guillermo de Alba*, Chente García barajó sus fotos con las de Lupercio, dejando ver lo elitario del asunto (Editorial Ágata/Fotoglobo, 2002). La aristocracia tapatía tomando el sol.

¿Y cuántos cromos de nubes crepusculares y redes secándose al sol tomó Jesús González Miranda en medio siglo? Joyas del paisaje ficcional. Engarzadas en la bisutería mexicanista. La *Atlántida morena*, en palabras de Mauricio Tenorio. Antes que Strand, Figueroa, Yáñez y demás fijaran a que debía de parecerse México en las fotos, fueron las imágenes del Mar chapálico el laboratorio del país como destino y del destino del país. Lupercio logró la miniatura mitológica del lago como atracción de paseantes, nadadores e inversionistas. Y en esta vocación romántica no era menos ilusoria Chapala en las letras de canciones o en la literatura de forasteros, de las cuales reunimos un montoncito para que el lector arme su versión de las cosas.

D.H. Lawrence escribió los borradores de *La serpiente emplumada* a la sombra de un sauce en Chapala. Tomó fotografías del lago y las mandó a sus amigos garabateando cartas al reverso. Letras al reverso de paisajes. Mojemos, pues, las fotos y escuchemos el eco.